


Divulgación

Feb 20/55
Sernidrae
Humberto Sorí Marín

"EL DESEADO"



Apenas concluye el debate en torno al sugerido monumento al ex-presidente Machado y se nos encima otra polémica del mismo género estatuario. El canje de la escultura del rey Fernando VII por la del Padre de la Patria brinda pie para prolongar la curiosa temporada a varios compañeros que se han apresurado a poner el grito en el cielo por el sacrilego trueque. El pobre Don Fernando, que por su propia culpa y su empecinamiento en no acabarse de morir presencié el insólito espectáculo de todo un reino disputándose la sucesión, está siendo reivindicado con este trasnochado (noche de siglos) vasallismo de quienes están molestísimos porque no se le deje continuar, al menos otro siglo más, en el inerte mando que desde 1838 viene ejerciendo, cetro en mano, en nuestra romántica y colonial ágora capitalina. Borbón el que menos honró la dinastía, fueron tantas la bienandanzas que los sufridos españoles soñaran a su advenimiento que, ni tardos ni perezosos, le obsequiaron el sobrenombre de "El Deseado".

Dentro del exclusivo marco urbanístico en que cabe situar esta cuestión, aquí va el comentario de un atrevido aficionado, sin atisbo pasional ni recrudescer de apreciaciones. El tema reclama adecuado ajuste histórico y también delicadísima pero indispensable consideración estética, no sin antes preambular nuestro profano ensayo con el último y necesario antecedente.

Decide el cambio la Comisión del Cincuentenario de la República. Se somete a riguroso concurso. Una selecta representación de artistas e historiadores integra el Jurado y dirime la competencia que libran los más destacados escultores del país: Mario Santi, Filma Madera, Ramos Blanco, Jesús Casagrán, Moré, Tony López y Sergio López Mesa, entre otros. El último es quien recibe el laurel del triunfo y la ficha personal luce obligada. Discípulo de Zanelli, se graduó en la Academia de Bellas Artes de Roma. Sus manos jóvenes ya han dejado profunda huella en Cuba y en el extranjero de talento y maestría. Ceñida a las bases del concurso, su obra de Céspedes es de estilo clásico, a la medida de la figura suplantada, de purísimo mármol de Carrara y a tono con el colonialismo de la Plaza de Armas. Sustituye a la más insólita creación del neoclásico cincel del catalán italianizado Antonio Solá, camarero de la reina María Cristina, que nos remitió ese Fernando VII que cubanos y turistas han osado contemplar. Deformado en los rasgos y el ropaje, no lo fué tanto en la infortunada alegoría de la insignia real que porta, infortunada en la presentación como en la falsedad que implica exaltar en este Borbón el alto símbolo de un mando que jamás acertó a interpretar.

Con tales presupuestos hemos de recordar las enseñanzas del ilustre profesor cubano Adriano Carmona Romay, cuyos criterios en punto a urbanismo son pauta de muchos tratadistas extranjeros: el urbanismo trata de formar profesionales enciclopédicos y lejos de ser una especialidad es una generalización.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

2)

"La estatuaria y demás motivos ornamentales deben fiscalizarse como las costumbres y la higiene. Una mala estatua pervierte el gusto de la ciudadanía en la misma forma que el mal ejemplo de un vicio perturba su moral. Ha de testimoniar la gratitud del pueblo a un héroe, un estadista, un sabio o un educador y **mantener por finalidad la educación del gusto público**". Son las igualmente autorizadas palabras del profesor Alcides Greca.

Quiere decir que es compendio de disciplinas varias: arte, historia, filosofía, estética, sociología, etc. Común denominador del sentimiento público, que tiene derecho a recibir un mensaje del mármol esculpido.

Ahi tenemos ya sobre el centenario pedestal la estatua de Carlos Manuel de Céspedes, con larga casaca civil al uso de la época, que es también la del monarca reemplazado. ¿Dónde, pues, el anacronismo de ubicarla en la vieja plazoleta...? Todo lo contrario. Así andaban los caballeros en aquellos precisos tiempos. Los que carecían de mambises quehaceres, regodeados en la noche tropical del entonces indispensable lugar de cita de la criolla juventud, transmitían con el auxilio de la fresca brisa a los soportales de la Capitanía General y La Intendencia (Ayuntamiento y Tribunal Supremo de hoy) el suave perfume de la Lavanda que gustaban y los efluvios del sentimiento independentista.

No, señores, por Dios... Preferible resulta en todo caso un solitario pedestal a que continúe sosteniendo a Don Fernando... ¿Queréis un Borbón a la altura del sentimiento cubano y del español, que en fin de cuentas son hermanos...? Pues hágase y póngase ahí la estatua de la Infanta Doña Eulalia de Borbón, la princesa que no ofreció reparos en arribar a esa propia Plaza de Armas vestida con los colores azul y rojo de los insurrectos, aquella misma que descendió por la escala del barco que la trajo a Cuba con una sola pena que le roía el corazón: que la "Siempre Fiel" no fuera libre.

¿Qué desean? ¿Rancio colonialismo?... trasladen entonces a Colón, igualmente esculpido por López Mesa, desde el atrio de la Catedral al debatido pedestal. Pero cuidado con incitar la barroca protesta de los enormes puntales y molduras de los Palacios del Capitán General y del Segundo Cabo, no tan antiguas (finales del siglo XVIII) que acepten pacientemente al Descubridor, quien andaba por acá con mucha anterioridad. Se produciría peor desarmonía cronológica, una pugna entre el ayer del siglo XVIII y el lejísimo anteayer del siglo XV.

De suyo interesante el tópico y limitado nuestro espacio, para el martes venidero queda remitido el final del comentario.

*Mano Nacional
feb 20/54*



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA